El jardín de los recuerdos en Novara

El sol de la tarde caía suavemente sobre el patio de la casa marcada con el número 3342 de la calle Novara. En ese rincón del mundo, el tiempo parecía detenerse entre el aroma a tierra húmeda y el susurro de las hojas. Era la década del 2014, y para Mathias Nicolás Rodríguez Techera, a quien todos llamaban cariñosamente Matu, ese fondo lo era todo.

Matu, nacido un 9 de noviembre de 1998, miraba el mundo de una manera única. Su autismo le hacía percibir los sonidos, las luces y los silencios con una intensidad profunda. Pero por encima de todas las cosas, Matu sentía el amor de una forma inmensa. Y el centro de ese amor era su abuela.

Blanca Mercedes Rodríguez Pedreira, la "Abuela Blanca", era el alma de la casa. Matu la recordaba siempre en su silla de ruedas, moviéndose despacio por el fondo de Novara, con una sonrisa que transmitía una paz infinita. No hacían falta muchas palabras entre ellos; la Abuela Blanca entendía los silencios de Matu, y Matu encontraba refugio en la calidez de su presencia.

Un día, el cansancio propio de los años apagó suavemente el corazón de la Abuela Blanca. Se marchó de viejita, sin sufrir, debido a un paro cardíaco, dejando un vacío enorme en el fondo de Novara y un silencio difícil de comprender.

Siendo aún un chico, Matu se sentaba en el patio, justo en el lugar donde solía estar la silla de ruedas. Miraba el espacio vacío y las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas. Lloraba con un llanto puro y profundo, ese llanto que nace cuando se extraña con todo el corazón. En su mente se repetían los momentos compartidos entre el 2014 y el 2015, los días de sol, las tardes compartidas en ese jardín.

Aunque la Abuela Blanca ya no estaba físicamente para secar sus lágrimas, Matu empezó a notar algo mágico en el fondo de Novara. Cada vez que el viento soplaba suavemente, sentía un abrazo invisible. Comprendió que el amor de Blanca Mercedes no se había ido con su partida; se había quedado grabado en cada rincón del patio, en las plantas que ella cuidaba y en los recuerdos que él guardaba en su memoria.

Matu miró al cielo, respiró hondo y, aunque la extrañaba con el alma, supo que la Abuela Blanca siempre viviría en el fondo de su corazón.